

Conversación 46
VISITA A MARCONI
(0 ACERCA DEL FIN DEL MOVIMIENTO)

Roma, 25 de septiembre.

Hace muchos años fui presentado a Marconi, en Nueva York, estando en casa de unos amigos, pero aquel día el famoso italiano estaba tan asediado por señoras admiradoras, que no pude conversar con él más de medio minuto. Hace algunos días logré obtener una audiencia de él, y esta mañana el célebre hombre de ciencia me recibió en la Villa Farnesina, donde tiene su sede la Academia de Italia de la que es presidente.

Fui llevado a una hermosísima sala en la que Sodoma pintó el encuentro de Alejandro Magno con Roxana. A pesar de su fortuna y de su ingenio, Guillermo Marconi es suave y modesto, tiene modales señorialmente cordiales pero algo reservados, hay en él una mezcla de bonhomía italiana y empeño inglés. Me causó la impresión de un gentleman cansado, que ya ha saludado a todos los personajes de la fiesta y tuviera deseos de irse a dormir. Luego de conversar un poco dándonos mutuas noticias sobre amigos comunes de los Estados Unidos, me atreví a preguntarle qué había de verdad acerca de su nuevo descubrimiento.

El noble rostro de Marconi se ensombreció, en un momento pareció que sus claras pupilas se ofuscaban y permaneció pensativo por un breve espacio. Luego, hablando con voz baja y constante, me respondió

- Ese descubrimiento, que no he revelado a nadie, es la última de mis tragedias y quizás apurará mi muerte. Desde hace algún tiempo estoy gravemente enfermo, y el terrible problema que se plantea a mi conciencia acrecienta mis preocupaciones. Calló nuevamente y me miró con fijeza, como si quisiera escrutar mi interior; entonces le dije

- Si me concede el grandísimo honor de revelarme algo, puede tener plena certeza de que no diré a ningún viviente ni una de sus palabras.

- Le creo - replicó el gran inventor -, pero, por lo demás, no puedo y no quiero decirle lo que para todos es y debe ser y permanecer un secreto. Pero el descubrimiento del que tanto se habla en Italia, es desgraciadamente cierto y ha sido confirmado completamente con los experimentos que se han hecho hasta ahora.

»Los profanos y los periodistas parlotean acerca de un «rayo de la muerte». Tal expresión es tonta y equivocada, pero lo que realmente he hallado no es menos espantoso. He descubierto un sistema simple pero infalible para detener, súbitamente y aun a muchas millas de distancia, a cualquier motor. Entreveo, además, el modo de inmovilizar toda clase de máquinas y hasta toda forma de movimiento, incluso el paso del hombre; todavía más: hasta el latido de su corazón.

»Comprenderá usted en seguida cuáles serían las mortales consecuencias de ese invento. Hasta ahora hemos logrado detener a todos los automóviles que, en una hora determinada, se acercaban a Roma. Después se quiso detener en los cielos de las marismas toscanas a dos aeroplanos que estaban volando: se precipitaron a tierra y los dos pilotos quedaron gravemente heridos.

»Comprenderá, pues, las tremendas aplicaciones que podría tener mi descubrimiento en caso de guerra, hoy en día, cuando todos los ejércitos avanzan y combaten mediante motores: los tanques, los vehículos armados, los trenes eléctricos, los automóviles, las ambulancias, todos los medios de transporte y de ataque quedarían inmóviles, paralizados. Para el ejército que tuviera mis aparatos, sería un juego fácil hacer estragos entre los enemigos reducidos por sorpresa a la inmovilidad. Y, cosa aún más terrible, todos los aeroplanos caerían del cielo envueltos en llamas, con sus pasajeros carbonizados o deshechos.

»Si después, como así lo pienso, se llegara a impedir todos los demás movimientos, sin excluir los del cuerpo humano, ya no habría salvación para los atacados, que repentinamente quedarían convertidos en estatuas firmes o en cadáveres inertes. Mi dispositivo paralizante, que sin embargo no es una verdadera arma, sería un instrumento para causar hecatombes inmensas.

»Frente a tales perspectivas mi mente se ve desorientada y atormentada. Soy cristiano y sé que Dios quiere que reine la fraternidad entre sus hijos, no el fratricidio. Soy un físico, y sé que el movimiento es la esencia y el alma del universo: suspender el movimiento es un delito contra la naturaleza. Finalmente, soy hombre, y sé que las máquinas inventadas por el ingenio de los hombres sirven para su bienestar y para contribuir a su potencia creadora; detenerlas, sería un crimen de esa humanidad. No podría acrecentar mi gloria situándome contra las leyes humanas y divinas. Esto, no obstante, el pensamiento de llevar conmigo al sepulcro el secreto de ese descubrimiento, es algo que me perturba y me oprime. Las tentaciones son fuertes, pero la responsabilidad es grande. En mi conciencia de católico he decidido renunciar a esta última gloria, y callar. Pero usted adivinará cuáles son los sentimientos humanos, demasiado humanos, que hacen difícil ese silencio y dolorosa esa renuncia. El creyente y el patriota, el científico y el hombre combaten sin tregua dentro de mi conciencia. La angustia causada por esta postrera tragedia de mi vida me quita el sueño, la paz, la serenidad. Tengo el presentimiento de que no podré vivir por mucho tiempo, estoy seguro de que no nos veremos nunca más». Cualquier consuelo que hubiera querido prodigarle no hubiera sido más que una serie de palabras vanas. Al despedirme de Marconi noté que su mano estaba húmeda por el sudor y que temblaba perceptiblemente.